



EL PRIMO
HENRY

ANTHONY TROLLOPE



Indefer Jones es un anciano terrateniente que ve próxima su muerte. El testamento, tras haberlo modificado varias veces a causa de sus dudas, ya lo tiene redactado y lacrado. Las dudas vienen marcadas por el deseo de que sus propiedades pasen a manos de su sobrina, Isabel Brodrick, la cual es respetada y querida por todos los arrendatarios, pero la tradición inglesa establece que las tiene que heredar el mayor de los varones de la familia, que no es otro que el apocado e impopular Henry Jones, su otro sobrino. Tras rehacerlo en sucesivas ocasiones, en sus últimos días redacta uno en secreto y lo guarda sin decir a nadie donde lo ha hecho. Bajo la continua sospecha de que existe un testamento diferente, el notario no descansará hasta dar con él y, por ende, con el verdadero heredero.

I

El tío Indefer

–Tengo ciertos remordimientos de conciencia por este asunto, querida mía –le dijo un anciano caballero a una joven dama, según estaban sentados en el comedor, desde el que se contemplaba el mar, de una casa solariega situada en lo alto de unos acantilados de la costa de Carmarthenshire^[1].

–Y yo también, tío Indefer, y como a mi conciencia la respaldan mis preferencias, mientras que a la suya no...

–¿Es que crees que voy a terminar cediendo?

–No, no quería decir eso.

–¿Y qué querías decir entonces?

–Si consiguiera hacerle entender lo fuertes que son esas preferencias, o más bien aversiones, y que me es imposible vencerlas, entonces...

–¿Qué pasaría?

–Pues que entonces usted se daría cuenta de que yo nunca iba a ceder, como lo llama, y consultaría con su propia conciencia si de verdad le resulta algo imperativo o no. Le puedo asegurar que nunca le diré una palabra en contra de lo que le dicte su conciencia. Si hay algo que decir, tendrá que ser usted quien lo diga.

A esa conversación le siguió una larga pausa, un silencio de una hora, durante el que la joven estuvo entrando y saliendo de la habitación hasta que se puso a hacer labor.

Entonces el anciano retomó de pronto el asunto del que habían estado hablando:

–Voy a hacer lo que me dicte la conciencia.

–Pues claro que sí, tío Indefer. ¿A quién debería obedecer uno si no es a su conciencia?

–Aunque me haga sufrir mucho.

–No, no, no debe sufrir por eso.

–Y además significará tu ruina.

–Eso es lo de menos. Puedo enfrentarme sin dificultad a mi ruina, pero no a su sufrimiento.

–¿Y por qué tendría que ocurrir ninguna de las dos cosas, Isabel?

–Por nuestras conciencias, como acaba de decir. Ni para ahorrarle el sufrimiento, y eso que es a quien más quiero del mundo, me podría casar yo con el primo Henry. Antes que eso, mejor que nos muriéramos nosotros dos a la vez, o que viviésemos desconsolados o lo que fuera. ¿No haría yo cualquier cosa que usted me pidiera que yo pudiese hacer?

–Eso solía pensar...

–Pero es que es imposible que una mujer joven que sienta cierto respeto por sí misma, como me lo tengo yo, se someta a un hombre al que aborrece. Haga lo que le dicte la conciencia con respecto a esta vieja casa. ¿Acaso seré menos amable con usted mientras viva porque tenga que irme de aquí cuando usted fallezca? ¿Le acusaré en mi interior de injusticia o ingratitud? ¡Nunca jamás! Para mí todo eso solo es una circunstancia externa de una importancia muy relativa. Pero ¡ser la esposa de un hombre al que desprecio...!

Y entonces se levantó y salió de la habitación.



Pasó un mes antes de que el anciano volviera a sacar el tema, lo cual hizo mientras se encontraban en la misma ha-

bitación y a la misma hora, las cuatro, y después de que se hubiese recogido la mesa.

–Isabel –dijo–, no lo puedo evitar.

–¿El qué, tío Indefer?

Ella sabía muy bien qué era lo que su tío, como él mismo había dicho, no podía evitar. De haberse tratado de cualquier otra cuestión en la que la edad proveya de él necesitase ayuda de la juventud de ella, no habría habido la menor vacilación; jamás hubo hija más atenta ni padre con más confianza en ella. Sin embargo, en ese asunto era necesario que se expresase con mayor claridad antes de que ella pudiese contestar.

–Lo de tu primo y la finca.

–Pues entonces, por el amor de Dios, no busque ayuda donde no la hay. ¿Se refiere a que las tierras tendrían que ser para un hombre y no para una mujer?

–Tendrían que ser para un Jones.

–Pues yo no soy una Jones, ni es muy probable que me convierta en una.

–Eres una pariente tan cercana como él, y mucho más querida para mí.

–Pero eso no me hace una Jones. Me llamo Isabel Brodrick. Una mujer que no haya nacido una Jones puede tener la suerte de llegar a serlo al contraer matrimonio, pero ese no será nunca mi caso.

–No deberías reírte de lo que considero que es mi obligación.

–¡Mi queridísimo tío! –dijo ella acariciándolo–, si le ha parecido que me reía –y ciertamente se había reído al hablar de la suerte de convertirse en una Jones–, es solo para que se dé cuenta de la poca importancia que le doy a eso.

–Pero ¡es que es importante, muy importante!

–Muy bien. Entonces póngase manos a la obra con dos ideas muy claras en la cabeza. Una es que tiene que dejar Llanfeare a su sobrino Henry Jones y la otra que no me

pienso casar con él. Cuando todo esté arreglado, será lo mismo que si el heredero fuese el primogénito varón, como siempre ha sido.

—Ojalá lo fuera...

—Sí, porque así se ahorraría usted muchas preocupaciones.

—Pero no es lo mismo, ni puede serlo. Para recuperar las tierras que vendió tu abuelo tuve que usar el dinero que había ahorrado para ti.

—A mí eso me da igual. Lo que me hará feliz será saber que el viejo hogar familiar sigue como usted quería. Estoy orgullosa de esta familia aunque no pueda llevar su nombre.

—No te importa un pimiento esta familia...

—No me diga eso, tío Indefer, porque no es verdad. Me importa la familia lo bastante para comprender perfectamente lo que va a hacer usted, pero no lo suficiente como para sacrificarme con el fin de sacar también mi parte.

—No entiendo por qué tienes tan mala opinión de Henry...

—¿Conoce alguna razón por la que debiera tener tan buena opinión de él que llegase a convertirme en su esposa? Yo no. Al casarse con un hombre, una mujer tendría que amar hasta su menor manía. Incluso los trozos de uñas cortadas deberían ser gratos para ella; cualquier deseo insignificante debería serle motivo de interés, ni le habría de desagradar servirle hasta en lo más ínfimo. ¿Cree que eso es lo que me pasaría a mí con Henry Jones?

—Tú siempre tan llena de poesía y de libros...

—Estaría llena de algo muy malo si consintiese llegar al altar con Henry Jones. No insista, tío Indefer. Piense que es del todo imposible y quíteselo de la cabeza. Es lo único que ni puedo ni quiero hacer, ni siquiera por usted. Es lo único que no debería pedirme que hiciera. Haga lo que quiera con la finca, lo que crea más correcto.

—No es lo que yo quiera...

—En ese caso, haga lo que le dicte la conciencia, del mismo modo que yo voy a hacer conmigo misma, que soy lo único que tengo en el mundo, lo que quiera o lo que me dicte la mía.

Dijo esas últimas palabras en un tono casi desabrido, y después dejó a su tío y salió de la habitación con aire digno y ofendido. No obstante, tenía sus razones para ese comportamiento. Si se mostraba así de inflexible con él, tan inflexible y terca en su decisión, entonces estaría posibilitando que su tío también lo fuese con ella al tomar la suya, y de ese modo él sufriría menos. Isabel consideraba que estaba en la obligación de enseñarle que tenía todo el derecho a hacer lo que quisiera con sus posesiones, ya que ella tenía intención de hacer lo que quisiera consigo misma. No solo no iba a decirle nada para disuadirlo de ese cambio de idea de su antiguo propósito, sino que iba a conseguir que el cambio le resultara lo menos doloroso posible enseñándole a pensar que estaba justificado por la actitud de ella hacia él.

Pues se había producido un cambio, tanto en los pensamientos de su tío como en sus intenciones manifiestas. Llanfeare había pertenecido a un Indefere Jones durante muchas generaciones. A la muerte del anterior señor, veinte años atrás, de sus diez hijos solo le sobrevivía el primogénito, que era a quien pertenecía ahora la finca. Los cuatro o cinco que le seguían habían muerto previamente sin descendencia. Luego estaba un Henry Jones que se había ido de allí, se había casado y había engendrado al Henry Jones antes mencionado, tras lo que también había fallecido. El vástago más joven, una hija, se había casado con un abogado llamado Brodrick y también había muerto después de tener solo a Isabel. El señor Brodrick había contraído nuevas nupcias y era ahora padre de una familia muy numerosa con la que residía en Hereford^[2] donde se ocupaba de sus negocios, aunque no era muy «adinerado». La actual señora Brodrick había preferido ocuparse

de sus propios hijos que de Isabel, con lo que, cuando esta tenía quince años, se había ido a vivir a Llanfeare con su tío soltero. Llevaba una década allí, y de vez en cuando iba a Hereford a visitar a su padre.

El señor Indefer Jones, que tenía setenta y tantos años, era un caballero que se había pasado toda la vida agobiado por reflexiones, miedos y esperanzas sobre la finca familiar en la que había nacido, había vivido siempre y en cuya posesión con toda seguridad moriría, así como sobre la forma en que habría de disponer de ella, ya que era su sino ser por entero responsable de dicho legado. En tiempos de su abuelo, cuando él aún no había nacido y su padre se iba a casar, se había dispuesto que pasase siempre al primogénito varón de la familia; sin embargo, esa disposición no había llegado a hacerse efectiva. En ningún momento este Indefer Jones había estado a punto de casarse, y el anterior señor de la casa, su padre, como era dado al derroche y siempre necesitaba dinero, había considerado más conveniente que no existiera dicha condición. De vez en cuando había convencido a su hijo para que le ayudase a vender algunas tierras para conseguir dinero. Así pues, no solo desde que él era el dueño de la finca, sino ya desde antes de la muerte de su padre, al señor Indefer Jones no le había quedado más remedio que reflexionar sobre cuál sería el destino de Llanfeare. Al cumplir los cincuenta seguía soltero, y no parecía muy probable que se fuese a casar nunca. Su hermano Henry aún vivía por entonces, pero había deshonrado a la familia al fugarse con una casada, a la que había desposado después de conseguir ella el divorcio, además de aficionarse a las carreras de caballos y a las salas de billar, con lo que era una persona detestable para su hermano Indefer. No obstante, este se ocupó de pagar la educación del fruto de ese matrimonio, Henry hijo, al que también recibía algunas temporadas en Llanfeare. El joven Henry no congeñó con nadie de allí, ya que descubrieron que era un chi-

co taimado, dado a las mentiras y, como hasta decían los sirvientes, muy distinto a un verdadero Jones de Llanfeare. Después fue Isabel a vivir allí, y a Henry lo expulsaron de Oxford por alguna infracción de cierta importancia, lo que impulsó al señor de la casa a afirmar tanto para sus adentros como ante otros que Llanfeare nunca sería de su sobrino.

Le cogió tanto cariño a Isabel que cuando esta aún no llevaba dos años en la casa ya se había convertido en la joven señora del lugar. Todo lo que hacía ella a él le parecía bien. Isabel podría haber conseguido de su tío todo lo que le pidiera, pero nunca le pedía nada. Para entonces el primo se había colocado en una oficina de Londres y se había convertido –o eso decían de él– en un hombre de negocios formal. Aun así, cuando se le permitió que volviera a Llanfeare, siguió resultando desagradable a todos, o tal vez un poco menos al viejo señor. Cierto era que había demostrado su valía en la oficina de Londres, y que parecía haber abandonado esa costumbre de endeudarse y decir que enviasen las facturas a Llanfeare que había adoptado al principio de su vida profesional.

Durante todo ese tiempo, el viejo señor no dejó de estar en ningún momento muy preocupado por el destino de la finca. Siempre tenía su testamento a mano. Hasta que Isabel cumplió los veintiún años, este siempre había sido a favor de Henry; con una cláusula, no obstante, en la que estipulaba que cierta suma de dinero que poseía fuera para ella. Después, por el desagrado que le producía su sobrino, cambió de idea e hizo otro testamento en favor de Isabel. Ese es el que estuvo en vigor tres años como su última voluntad, pero fueron tres años de sufrimiento para él. No terminaba de aceptar que la finca no fuese para el primogénito varón, como él consideraba que era lo correcto. Según su forma de pensar, era un mero accidente el que estuviera en sus manos la facultad de disponer de sus posesiones. Para él era como un precepto religioso

que una hacienda de Gran Bretaña debía pasar del padre al primogénito, y, a falta de un hijo, al primer heredero varón de la familia. No iba a ser el fin de Gran Bretaña que él permitiese que la herencia de Llanfeare se saliese del orden establecido; sin embargo, sería el fin de Gran Bretaña si los británicos no cumplieran con su deber en el ámbito que Dios hubiese tenido a bien asignarles; y, en el caso de Indefer Jones, su deber era mantener el antiguo orden establecido.

Y, durante ese tiempo, otro problema se añadió a los ya existentes. Después de decidirse a obrar en contra de sus propios principios y dejarse llevar por lo que le dictaba el corazón; después de explicar tanto a su sobrino como a su sobrina que la heredera era Isabel, se le presentó la oportunidad, a modo de consuelo de tanto padecer, de volver a adquirir una parte de las tierras que, con su ayuda, había vendido su padre. La pérdida de esas hectáreas siempre le había dolido mucho; no porque sus rentas hubieran disminuido, sino porque pensaba que el propietario de una finca no debería consentir nunca que esta menguase mientras fuera de él. Nunca veía esos campos que habían sido arrancados de Llanfeare, pero le dolían en el alma. Para poder recuperarlos, había estado ahorrando desde que la hacienda había pasado a ser suya. Luego se había visto en la necesidad de dejar a Isabel bien provista económicamente el día de mañana; sin embargo, cuando con tantos quejidos decidió que fuese ella la heredera, tuvo vía libre para utilizar el dinero para su propósito original. Así pues, lo usó para recuperar las tierras, pero después sus cargos de conciencia fueron más fuertes que él e hizo otro testamento.

Veamos cómo intentó conciliarlo todo. Cuando supieron que Henry Jones era un trabajador formal en la oficina de Londres, y que había dejado de correrse juergas juveniles, el tío Indefer empezó a preguntarse si no sería posible que todos sus mayores anhelos se hicieran realidad

por medio de un matrimonio entre los primos. «Por mí que se corra todas las juergas que quiera –le contestó Isabel casi de broma cuando le planteó la idea por primera vez–. De hecho, esas juergas no debían de ser gran cosa, tratándose de un hombre que es incapaz de mirar a alguien a la cara». Entonces su tío se enfadó con ella, convencido de que estaba dejando que unas tonterías se interpusieran en la felicidad de todos.

No obstante, nunca le duraban mucho los enfados con Isabel; de hecho, con anterioridad a la época en que comenzó nuestra historia, había empezado a reconocer para sus adentros que tal vez él le tuviera más miedo al enojo de ella que ella al de él. Isabel daba la impresión de poseer un coraje que nada podía amedrentar. La joven había crecido ante él fuerte, valerosa, a veces casi descarada y con un punto de humor, pero siempre totalmente firme en sus convicciones sobre lo que estaba bien o estaba mal. Hemos de decir que al tío Indefer hasta le dio miedo explicarle a Isabel, como sabía que debía hacer, la decisión a la que lo obligaba su conciencia. Pero el caso es que cambió el testamento, por tercera, o tal vez por cuarta o quinta vez, desde que se le metió en ese asunto en la cabeza. En este nuevo testamento, que afirmó que sería el último, le dejaba Llanfeare a su sobrino con la condición de que antepusiera el nombre de Indefer al de Jones, además de añadir ciertas estipulaciones para que en lo sucesivo el heredero siempre fuera el primogénito varón. Todo lo que poseyera en el momento de su muerte, a excepción de la propia Llanfeare y el mobiliario de la casa, se lo dejaba a su sobrina Isabel.

–Tenemos que deshacernos de los caballos –le dijo a esta unas dos semanas después de la última conversación aquí reproducida.

–¿Y eso por qué?

–Ya sabes lo que he dispuesto en mi testamento, así que va a quedar tan poco para ti que tenemos que ahorrar

todo lo que podamos antes de que me muera.

–Pero ¡qué ocurrencias! –exclamó Isabel riéndose.

–¿Es que te crees que no me agobia pensar lo poco que puedo hacer por ti? Tal vez me queden unos dos años de vida, y en ese tiempo es posible que consigamos ahorrar seiscientas o setecientas libras al año como mucho. He estipulado que te entreguen cuatro mil libras a cuenta de los rendimientos de la finca. Al fin y al cabo, no es tan grande, y no renta más de mil quinientas al año.

–No pienso consentir que venda los caballos, y no hay nada más que decir. Lleva veinte años saliendo con ellos todos los días por la heredad, y que ahora dejara de hacerlo me apenaría mucho. Usted ya ha hecho todo lo que podía; ahora déjelo todo en manos de Dios. Y le ruego que no hablemos más de estas cosas. ¡Ni se imagina lo mucho que me alegro de que el primo Henry sea el heredero!

II

Isabel Brodrick

Cuando el señor Indefer Jones habló de que tal vez le quedasen dos años de vida, demostró ser más optimista de lo que solía serlo el médico cuando conversaba con Isabel. El doctor de Carmarthen iba a Llanfeare dos veces por semana, y, una vez que hubo entablado un trato más íntimo y confidencial con la joven, le dijo que la vela de su tío ya casi se había consumido. No tenía ninguna enfermedad en particular, pero era un anciano extenuado. Estaba bien que lo sacaran por la finca en el carruaje todos los días. Estaba bien que lo animaran para que se levantase después del desayuno y comiese al mediodía como era su costumbre de siempre. Estaba bien comportarse delante de él como si no fuese un inválido. No obstante, el médico pensaba que no iba a durar mucho; como dijo, su vela ya casi se había consumido.

Y, sin embargo, el intelecto del anciano no parecía experimentar ningún deterioro. Nunca había sido muy dado a la literatura, pero seguía leyendo lo mismo que siempre. Cada día examinaba detenidamente de principio a fin un ejemplar del que fuese el periódico más firmemente conservador en ese momento, y cada semana un ejemplar del *Guardian*^[3] casi llenaba las horas que dedicaba al estudio. Los domingos se leía dos sermones, ya que el médico le había prohibido que fuera a la iglesia por las corrientes, y al parecer pensaba que sería mezquino e incorrecto apro-

vechar esa excusa para desentenderse de tan tediosa obligación. Consagraba religiosamente una hora al día a la lectura de la Biblia, y el resto del tiempo lo entregaba a su finca. No había cosa que lo complaciese más que el que le fuese a ver alguno de sus arrendatarios, a todos los cuales conocía tan bien que, pese a ser un anciano, nunca se olvidaba ni tan siquiera de los nombres de sus hijos. La idea de subirles el arrendamiento le resultaba abominable. Alrededor de la casa había unas cien hectáreas de tierras de cuyo cultivo se suponía que se debía ocupar él. Estas mantenían a media docena de campesinos viejos y exhaustos y nunca daban beneficios. No obstante, sobre esa cuestión el señor Indefer Jones se negaba a aceptar ninguna protesta de nadie, ni tan siquiera de Isabel.

Tal y como lo hemos descrito aquí, podría haber sido un anciano feliz su última media docena de años de vida de no haber estado tan preocupado todos los días, a todas horas, por esa cuestión de la herencia de la finca que siempre tenía tan presente. A duras penas se podría haber encontrado persona más cariñosa, y todo el amor que era capaz de dar se lo había entregado a Isabel. Por otro lado, tampoco había hombre que tuviese un concepto tan fuerte del deber como él, que lo llevaba a afirmar para sí que, en lo relativo a la finca, estaba obligado a hacer lo que le exigía el orden establecido. De ese modo se había vuelto un hombre amargado, agobiado por sentimientos encontrados, y ahora, conforme se acercaba su fin, atormentado por la idea de que iba a dejar a su sobrina sin los medios suficientes para vivir.

Pero ya estaba hecho y no había vuelta atrás. El nuevo testamento estaba redactado y lacrado encima de los otros anteriores. Entonces, como es normal, volvió a pensar, sin atreverse a que se convirtiera en una esperanza, que aún podría ocurrir algo que propiciara el matrimonio de los primos y así todo quedase solucionado. Isabel había sido tan contundente al respecto que no se atrevía a

proponérselo de nuevo. Y, sin embargo, no veía ninguna razón por la que no pudieran convertirse en marido y mujer. Hasta donde sabía, Henry había dejado las malas costumbres. No era de aspecto desagradable, sino que incluso podría llegar a considerársele apuesto: alto y de rasgos bien formados, pelo rubio y ojos azul grisáceo; no se podía decir de él que no fuese un caballero, por más que tampoco pasase mucho por tal. Esa incapacidad suya de mirar a uno a la cara mientras hablaba no había disgustado al señor Indefer Jones tanto como a Isabel. De no existir ningún lazo familiar entre ambos, Henry no le habría resultado agradable, sino más bien lo contrario, como de hecho había sucedido en la realidad. No obstante, vista la situación, no estaba de más que intentara cogerle cariño; y si él lo intentaba, ¿por qué no habría de intentarlo Isabel? Aun así, no se atrevió a pedirle de nuevo a esta que hiciese el esfuerzo de querer a su primo.

—Me gustaría que Henry viniese pronto —fue lo que dijo a su sobrina.

—Por supuesto que sí. Cuanto más lo conozcan los arrendatarios, mejor para todos. Yo me puedo ir a Hereford en cualquier momento.

—¿Y por qué tendrías que huir de mí?

—De usted no, tío Indefer; de él.

—¿Y por qué de él?

—Pues porque no le quiero.

—¿Y debes huir siempre de la gente a la que no quieres?

—Sí, cuando la gente, o la persona en concreto, es un hombre al que se le ha ordenado que me quiera.

Después de decir eso, miró a su tío a la cara; con una sonrisa, sin duda, pero también planteándole la pregunta en serio. Él no se atrevió a responder, pero la expresión de su rostro le dijo a Isabel la verdad. Le había transmitido a su sobrino cuáles eran sus deseos.